



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13788

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MARTES 23 DE JUNIO DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París A. Lorette, rue Caumartin 16; y J. Jones, Fauburg-Montmartre, 31.

Paciencia

Con esa palabra contesta la Rusia oficial á las quejas de la Rusia que sufre y que paga. Ya lo dijo un día Cristóbal de Castro en una de sus tan—por todos conceptos—interesantes cartas.

Paciencia! Por mucha que haya almacenado el pueblo moscovita, no es posible que quede remanente. Si Job perteneciera al mundo y fuera en la estepa, hace ya mucho tiempo que habría dejado de ser el hombre virtuoso de que habla la Biblia.

Paciencia! Puede recomendarse á los que se quejaban al saber la noticia de la escuadra de Togo á la que pertenecía, de la que resultó esta última terriblemente lesionada. Aquella fué una acción traidora, que les iban á pagar muy cara los nipones tan luego diera comienzo la campaña en tierra.

Cuatro meses muy largos van corridos desde aquella fecha y aún no han hecho los rusos el anuncio de cobro. Cuando se desesperan y se indignan al verse humillados por un enemigo tan pequeño como el japonés, aún hoy sus oídos la palabra 'paciencia' salida del Estado Mayor.

La paciencia rusa es manantial que no se agota. Si así no fuese no se comprendería que aún les quedara alguna para seguir recibiendo noticias de reveses, sin provocar un estallido de la indignación.

Y lo peor de todo es que cuanto aquel arranque del espíritu quiere manifestarse, siempre hay una palabra que lo calme, y á creer lo que tales palabras explican, las fechas sinistras que se han escrito ya para los rusos en esta campaña ruso-japonesa, son los preliminares de una gran victoria para las armas moscovitas, que ha de echar por tierra, para ahora y para siem-

pre, las ambiciones del Mikado y aun la propia existencia del Japon.

La sorpresa de la escuadra de Port-Arthur fué una traición. La sangrienta batalla que franqueó á los japoneses el paso del Yalu no era lo que de momento parecía—una derrota de los rusos—sino un ardid de guerra de Kouropatkine para atraer á Kouroki á la Mandchuria y batirlo á placer. Los combates que luego se han librado obedecen al mismo plan. La horrosa batalla de Kincheu fué suceso que estaba previsto. El asedio de Port-Arthur es un hueso para entretener y dividir las fuerzas amarillas y la retirada de Kouropatkine, lenta pero continua, no tiene más objeto que alejar á las tropas japonesas de su base de operaciones, para que la acometida en proyecto, esa acometida de que se viene hablando hace ya cuatro meses, produzca los mayores efectos, es decir, para destruir de un modo total y de una sola vez los ejércitos del Japon, convirtiendo en inmenso sepulcro japonés el extenso escenario de la guerra.

Todo eso ocurrirá cuando Kouropatkine disponga de cuatrocientos mil hombres... Pero ¿es que no los tiene todavía? Hace tiempo se dijo que diariamente recibía por el transmanchuriano numerosos refuerzos. Hasta se fijaba la cifra: 7.500 soldados; mas la realidad desmiente la noticia. Estas pícaras matemáticas...

Suponiendo que no hubiese en la Mandchuria un soldado ruso al comenzar la guerra y que los primeros llegaran diez y siete días después de comenzada, el general Kouropatkine dispondría ya de los cuatrocientos mil combatientes que desea. Con que se le hubiesen enviado, no los 7.500 que se dice, sino 3.400, tendría á su disposición aquella cifra.

El dato es caprichoso pero no exagerado. Tampoco es exagerada

la cifra para una nación que cuenta los combatientes por millones.

Sin embargo, se multiplican los reveses y se recomienda al pueblo la paciencia contra esos descalabros, que, al decir de los directores de la guerra, nada significan para el resultado final.

En disponiendo el general Kouropatkine de cuatrocientos mil hombres...

En llegando la escuadra del Báltico...

Pero ni el general logra reunir aquella cifra, ni la escuadra sale de su fondeadero para el Extremo Oriente.

Sin embargo,—se dice—hay que tener paciencia.

Job habría agotado la suya.

TIJERETAZOS

Dice un telegrama, que en Seul, capital de Corea, han ocurrido varios casos de cólera morbo.

Con eso y con que penetre la epidemia en Europa por los puertos de Rusia, qué gusto nos va á dar.

El doctor Hilgandort, sabio alemán, y profesor anatómico de una universidad japonesa, ha promovido un alboroto en el campo científico.

¿La causa?

Pues apenas es nada lo del ojo. O lo de las mandíbulas, porque se trata de quijadas.

Es el caso que el doctor alemán ha descubierto que los japoneses tienen dobles mandíbulas.

Y á esos hombres que tienen más mandíbulas que los demás mortales se les tiene por inferiores.

¿Qué error!

Ya lo dice el doctor alemán:

«Ese carácter anatómico—el de las mandíbulas—es privativo de la raza japonesa, y hace que esta ocupe lugar especial en la familia humana.»

Si se enteran los nipones de ese descubrimiento, nos van á mirar por encima del hombro.

Leamos:

«Mañana explanará en el Congreso su

anunciada interpelación sobre asuntos de Valencia, el diputado republicano Sr. Soriano.»

Dada la especial oratoria de ese representante del país y el cariño entrañable que siente por su compañero y amigo Blasco Ibáñez, tendrá que oír el discurso de Soriano.

Y la réplica de su amigo.

BRUJERÍAS

ORÁCULOS

Cada día va siendo más difícil que las personas impacientes desoídas de «adelantarse» á los acontecimientos, puedan conocer el porvenir.

El ramo industrial tan importante de los adivinadores, atraviesa en estos momentos una crisis muy grave, tanto que se teme su definitiva extinción.

No hace muchas semanas los periódicos denunciaron á unas tituladas brujas modernistas, que por medio del espiritismo sacaban los cuartos á los impacientes, haciéndoles creer infinidad de patrañas, acerca de su futura suerte y eso ha contribuido mucho á enfriar el entusiasmo de los creyentes.

Ahora se anuncia que las autoridades locales han ordenado á sus delegados y vigilantes que impidan la circulación de las gitanas, á causa de las muchas quejas formuladas contra esas adivinadoras, que constituyen «por su sociedad» un peligro para la salud pública.

El hecho es que ya los crédulos no tienen tantas facilidades como antes para satisfacer sus ansias.

«¿Seré rico? ¿Seré pobre? ¿Me quiere la mujer que adoro? ¿Saldré bien en mi empresa?»

Estas y otras preguntas inocentes y sencillas, eran contestadas por las bohemias, por muy poco dinero, y con la sonrisa siempre en los labios.

Si se prohíbe á las gitanillas que «echen la buena ventura», van á quedar en el más profundo misterio muchas cosas importantes é interesantísimas... para los palominos atontados, porque eso de conocer de antemano si la novla del preguntado ó el novio de la curiosa, serán de éste ó el otro pelaje, tiene una importancia excepcional.

A estos crédulos no les entra comozón por saber si son ó no expulsados de Ma-

rruecos, ó si se conseguirá que los puertos avorizados y que amagan catástrofe ferroviaria, serán apuntalados antes de que ocurran nuevas hecatombes, y por eso no le preguntan y, en cambio, desean averiguar, y es muy justo, si tendrá alguna en futuro adorado ó si es mojon del derecho ó del izquierdo, vamos al decir, ó si está ó no pleado de virtuelas.

La modesta industria de predecir el futuro está herida de muerte.

Con esa disposición contra las gitanas, echadoras de cartas y demás gentes del gremio, quedará sin llenar un vacío inmenso, el de los mentecatos, que á todo trance quieren ájar la rueda de la Fortuna, y que ahora van á tener que recurrir al oráculo de Napoleón, y dar, no la vuelta á la manzana como los guardias de la zarzuela, sino á la supradicha, con la punta del dedo y cerrando los ojos, para después buscar en la página correspondiente la tan quiblada como misteriosa respuesta.

Los que quieren saber el porvenir, tendrán que dedicarse á estudiar clandestinamente los oráculos y ocultarse como los criminales, para no incurrir en el desagrado de los vigilantes y delegados de la autoridad; á menos que prefieran ir á consultar públicamente á nuestros más ilustres y perincillitos adivinadores parlamentarios, esos que se suben á la tribuna representativa en cualquiera de los cuerpos colegiados, y ¡zas, zas!, en menos que se persigna un cura loco, endigan una serie de profecías de todas clases y condiciones, que no hay más que pedir.

Pero esos adivinadores y echadores de cartas «de alto copete» tienen el inconveniente de que se hacen pagar muy caras las consultas, y si les da por evacuarlas por escrito y en papel sellado, arruinan al curioso impertinente, dejándole por puertas antes de que pueda orientarse acerca de lo que se le reserva el Hado fiore en este triste valle de lágrimas.

Abel Imart.

CURIOSIDADES

Reparación á Puccini

El teatro Grande Brescia ha ofrecido al autor de «La Bohemia» y «La Tosca» cumplida reparación del fracaso que sufrió en la Scala de Milán con motivo del estreno de la ópera «Madame Butterfly».

Los brescianos han casado la dura sentencia dictada por los milaneses.

LOS DOS HERMANOS

349

donó hasta después de haberla dejado en la piadosa mansión donde esperaba encontrar el reposo del alma y si pudiera también, el olvido del mundo. Volvió en seguida tristemente á Pouilly, donde la casita en otro tiempo tan alegre y feliz, bajo las flores y las esmeraldas del campo, no ofrecía sino el aspecto sombrío del abandono y del aislamiento.

FIN DEL TOMO PRIMERO

LOS DOS HERMANOS

348

Mr. D'Arny. Esperaba que la dispensasen parte del tiempo de noviciado, y además se contemplaba ya muerta para la tierra.

Nada pudo hacerla cambiar de resolución, y á pesar de cuanto le dijo Juan Castelnau y de las instancias y lágrimas de Rosita, permaneció inquebrantable.

—Aun cuando Jorge volviese, dijo, ya no podría ser su esposa; conozco que, lejos de hacerle feliz, no serviría sino para atormentarle un nuevo sentimiento. La muerte de Gustavo me había quebrantado, y la de Jorge me ha quitado hasta la última esperanza de recobrarle. Me queda muy poco tiempo de vida, y deseo prepararme para ir á reunirme á ellos en mejor vida.

—Pero si Jorge no ha muerto... clamaba el amoroso anciano.

—Si no hubiese muerto, padre mío; si volviese, por fortuna, le diréis que le he permanecido fiel y adorado siempre su memoria.

Vinda ya dos veces, me consagro á Dios, porque no hay ya lugar en mi corazón ni para el amor, ni para la esperanza. No se principia dos veces á vivir, y yo estoy ya muerta...

Ocho días después de esta conversación, Juan Castelnau acompañaba á Eugenia á París, y no la aban-

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

345

No hay pluma que pueda describir el sombrío dolor de Rosita, ni la honda tristeza de Eugenia.

Por lo que hace al anciano, á pesar de la firmeza ecotónica de su carácter, no pudo contener sus lágrimas, que en vano se esforzaba por ocultar á su esposa y á su hija adoptiva.

Tan desconcertado como ellas y casi alelado por la terrible conmoción que su alma había experimentado, salió de madrugada antes de que nadie se hubiese levantado, y se fué al bosque, donde pasó largas horas contemplando tristemente los sitios donde en su infancia y en su juventud sus hijos habían crecido y jugado tan alegremente á la vista de Rosita, tomando el mismo parte en sus diversiones.

Aquella atonía, aquel doloroso abatimiento duraron quince días en la casa de Juan Castelnau, y al cabo de ellos, vino á surgir en la mente del atribulado padre un bisiambre de esperanza.

Mi buena Rosita, dijo á su mujer, que miraba silenciosamente el sitio donde el año anterior había estado sentado Jorge; algo me dice que no debemos perder del todo la esperanza.

—¿Qué es lo que dices, amigo mío! exclamó la desgraciada madre.

—Digo que Jorge no debe haber muerto.